

## RESEÑA

Brian HAMNETT: *Juárez*. Londres y Nueva York: Logman, 1994, 302 pp. ISBN 0582 050545.

Brian Hamnett es ampliamente conocido en la historiografía latinoamericana. Sus estudios sobre la modernización y crisis del imperio español han ido venciendo la tradición de considerar la independencia como un hito fundamental en el acontecer mexicano, para considerar el periodo de 1750 a 1850 como de transición, con sus cambios y sus continuidades. Este nuevo enfoque, resultado de la investigación de muchos historiadores, nos permite comprender mejor el movimiento independentista y los problemas de la fundación del Estado.

Familiarizado con la historia regional —en especial la de Oaxaca—, Hamnett cuenta con la gran ventaja de conocer el contexto en que se desarrolló la vida y la carrera política de Juárez en sus primeras casi cuatro décadas. Pero Hamnett también es conocedor del acontecer nacional, por lo que comprende el dilema del México de medio siglo, que había visto frustrados todos los esfuerzos por establecer un gobierno constitucional. Así, subraya el significado especial de Juárez y con su liberalismo nacionalista que corona los intentos fracasados de Hidalgo, Morelos y Guerrero de construir un Estado soberano bajo los principios republicanos.

La intención de Hamnett no es hacer una biografía sino un estudio de Juárez y el ejercicio del poder, es decir, analizando las circunstancias regionales y nacionales que fueron la base de su surgimiento como figura central de la Reforma. De ahí la gran significación de esta obra, pues como los estudios anteriores sobre Juárez pasan por alto su verdadera personalidad de hábil político, para concentrarse en el símbolo, *The Statue of Bronze or Stone that Stands in so Many Mexican Towns*. En la contradictoria historiografía que Juárez ha generado, aparece como santo o demonio, imá-

genes que el mismo don Benito contribuyó en parte a elaborar, consciente *Of the Powerful Impact of Image*, concibiéndose a sí mismo como la encarnación de la soberanía nacional y de la virtud republicana. El autor nos prueba cómo hasta sus panegiristas han fracasado en el intento de descubrir al hombre detrás de esa fachada “impasible” y la realidad que permitió su surgimiento.

Hamnett ha mostrado cómo el regionalismo adquirió visibilidad con las reformas borbónicas y produjo la “desagregación del gobierno central”, constituyéndose en obstáculo para el establecimiento de un gobierno nacional viable. Pero el regionalismo no debe exagerarse y no es sinónimo de separatismo, pues en ningún momento *México Cease to Exist as a Political Entity*. El autor parece aceptar la excepción de los casos de Texas y Yucatán en 1835-1836, punto en el que yo diferiría. El caso de Yucatán parece especial, por la relación laxa que la provincia tuvo con el centro, lo que constituía una situación de excepción dentro de la “confederación”. En cuanto a Texas, que durante todo el periodo en que fue parte del territorio mexicano contó con una situación de privilegio, el centralismo sólo fue el pretexto que sirvió para esconder móviles menos dignos: esclavismo, especulación de tierras y descontento ante el primer intento de cobro de impuestos al cumplirse no sólo los siete años de libre importación, sino los de gracia concedidos en 1833.

Hamnett realiza un bosquejo del siglo XIX mexicano que está lleno de atinadas sugerencias. El autor subraya el hecho de que en el país, en el periodo que va de 1810 a 1880, ninguna clase, ocupación, ni región logró la hegemonía, lo que hizo fracasar los tres experimentos centralistas de recrear un estado “neoborbón” (1836-1846, 1853-1855 y 1863-1867). Las peculiaridades de la situación mexicana hicieron que, a diferencia de otros países hispanoamericanos, dictadores como Santa Anna o Paredes y Arrillaga tomaran el poder convocados por los civiles y, a excepción de la dictadura santannista de 1853 a 1855, resultaran poco opresivos. Llama la atención que debajo de todas las corrientes que chocan en el siglo XIX, estén los problemas de las relaciones entre círculos de individuos influyentes. Su tema fundamental es la búsqueda de un gobierno constitucional, asunto que no ha sido tratado por la historiografía tradicional, preocupada por la fragmentación, el conflicto y el poder personal, problemas que el autor decide pasar por alto.

El caso de un indio nacido monolingüe que llegó a imponerse a las figuras preclaras del liberalismo reformista no deja de ser ex-

traordinario, sobre todo comparado con otros líderes indígenas como Mejía o Lozada, que abrazaron el conservadurismo. Hamnett hace hincapié en que es injusto afirmar que Juárez se convirtió al liberalismo a la sombra de Ocampo durante el exilio de Nueva Orleans. El autor sigue la trayectoria de Juárez para mostrar su filiación al grupo liberal desde su época de estudiante en el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, bajo la influencia del profesor de lógica, Miguel Méndez, quien lo introdujo al círculo liberal que incluía individuos de diferentes grupos raciales y sociales. Su educación y el ejercicio del litigio como abogado, ampliaron sus relaciones y, en 1832, se iniciaba en la política con un puesto en el Ayuntamiento. Un año más tarde era secretario del instituto, al siguiente, magistrado sustituto en la Corte de Justicia de Oaxaca y casi de inmediato, titular. El destierro breve en Tehuacán lo obligó a volver al litigio, pero de vuelta en Oaxaca, aunque el establecimiento del centralismo había excluido del poder "como grupo" a los federalistas, no interrumpió su carrera. En 1838 era secretario del Tribunal Superior de Justicia, primer paso en su carrera como magistrado y juez, desde donde saltó a la Asamblea Departamental y, restaurado el federalismo, a la gubernatura de su estado de 1847 a 1852. Lo importante es que la carrera de Juárez dentro del centralismo no fue una mera excepción, pues el círculo de amigos y aliados políticos al que pertenecía, parte del cual permanecería a su lado durante toda su carrera, también ocuparía puestos importantes.

La dictadura santannista sí interrumpió la carrera de don Benito, pero el exilio en Nueva Orleans fortaleció sus ligas con algunos de sus paisanos y amplió sus horizontes con la amistad de los exiliados cubanos que lo apoyarían con entusiasmo, y le proporcionó contactos con los ideólogos reformistas. Hamnett aclara las dificultades que se presentan al clasificar a Juárez como liberal, no sólo porque no escribió tratados como los demás, sino porque a pesar de sus sólidos principios, su divisa fue siempre anteponer a todo los intereses nacionales, identificados con el establecimiento de un gobierno constitucional.

Resulta de particular interés la pintura que Hamnett nos ofrece de las hondas divisiones del partido liberal, que obligarían al pragmático Juárez a establecer su posición entre liberales y moderados de acuerdo con las circunstancias; esto sin hacer a un lado los principios básicos que sostendría a lo largo de su carrera: la supremacía del poder civil, el respeto por la ley y la despersonalización de la vida política. Este pragmatismo muestra que su habilidad políti-

ca competía con la de sus contemporáneos europeos, pero a la vez lo condenaría a la soledad, ya que a excepción de unos cuantos íntimos, desconfiaba de todos. Carente del apoyo del Congreso, de los gobernadores y hasta de sus ministros, fue capaz de enfrentar a unos contra otros para mantener el poder. Juárez fue también el primer líder mexicano en percatarse de las ventajas de una colaboración con Washington, pero su mayor mérito fue ser capaz de definir con claridad los verdaderos problemas mexicanos, lo cual confirma su carácter de verdadero líder nacional, lo que le permitió mantenerse en el poder a través de dos guerras e imponerse al imperio. Aprovechando la incapacidad política de Maximiliano, Juárez convirtió su lucha en verdadera cruzada anticolonialista, lo que le dio a la victoria de 1867 el significado de triunfo sobre el colonialismo, en la hora suprema del imperialismo.

Su gran lucha lo dejó extenuado y todavía tendría que enfrentar muchos amagos de pronunciamientos en todo el país. No obstante, gracias a su magistral manejo de la política, a pesar del agobio, la enfermedad y la edad, pudo imponerse a Díaz, y mantenerse en el poder, que había perseguido con tanto ahínco, hasta su muerte.

El libro resulta de fácil y provechosa lectura y nos ofrece la oportunidad de comprender el siglo XIX desde dos puntos que nunca deben ser excluyentes, el de la historia política regional y la nacional. La nueva imagen de Juárez resulta fascinante: un hombre esencialmente político que logra fortalecer el papel del ejecutivo, a pesar de la tradición del caciquismo y de los pronunciamientos para obtener el poder, con un empeño empeinado de introducir la legalidad en el funcionamiento del Estado.

Josefina Zoraida VÁZQUEZ  
*El Colegio de México*